

Pampinos



María Estay Flores:

“La lealtad y empatía son dos valores fundamentales que los pampinos llevamos en la sangre”



La historia nunca termina, como tampoco el amor y nostalgia de aquellos hombres y mujeres que trabajaron en el desierto, que proveía a Chile de su principal recurso natural entre los siglos XIX y XX: el salitre.

Al igual que todo en la vida, estos recuerdos entrañables guardan un sinfín de anécdotas y detalles casi mágicos. Otros jocosos, otros no tanto, como también episodios de tristeza, dolor y desarrollo personal.

Todo ello cargado en la memoria de aquellos que enfrentaron y vencieron el implacable sol del Desierto de Atacama. Es que gracias a su esfuerzo y tenacidad, hoy por hoy, son el patrimonio vivo de una parte importante de nuestra historia, y más relevante aún, de la historia del Norte Grande.

Una de aquellas mujeres, patrimonio latente de aquellos años de gloria de la industria del caliche, es la pampina María Estay Flores.

Nació el 18 de mayo de 1957 en la exoficina salitrera Pedro de Valdivia. Es orgullosa de sus orígenes y agradecida de todo lo que vivió, compartió y aprendió en el desierto. Porque tal como lo destaca “de Copiapó al sur no tienen idea lo distinto que fue Chile en el Norte Grande, en aquellos años”.

“Para los demás resulta imposible imaginar siquiera que en pleno desierto, estas urbes surgieran, con adelantos tecnológicos y de la vida cotidiana, ya que nunca nadie imaginó que se podrían obtener en medio de la tierra y bajo el sol del desierto”, comentó.

María Estay es hija de Joaquín Estay Páez y María Flores Cortés. Ambos, personajes únicos de Pedro de Valdivia. En el caso de su progenitor, fue referente en la salitrera, pues se le conocía como el “Doctor de los pobres”.

Como lo recuerda su hija, él nació en la oficina salitrera Valparaíso, era practicante en Pedro y todos acudía a sus servicios y, como era de esperar, todos estaban muy agradecidos por su entrega y profesionalismo.

¿Qué la vincula a su querida pampa?

-Todo. Fijese, yo nací, crecí y me educué en Pedro de Valdivia. Pasé los momentos más felices de mi vida en pleno desierto. Para muchos, especialmente aquellos chilenos que, hasta hoy en día, dicen que el desierto no tiene nada más que tierra y se deprimen porque este inmenso paraíso no les brinda el verdor del que tanto dependen. Ellos no cuentan con la capacidad de distinguir entre toda esa tierra el abanico de colores, texturas, sensaciones y energía positiva que es-

te inmenso e interminable lugar ofrece.

Será por eso que sólo unos pocos somos capaces de disfrutar, querer e impregnarnos de toda esa tierra, como ellos dicen. Pero esa tierra viene cargada de vivencias, tristezas y alegrías que convierte a gente como yo, una pedrina de ‘tomo y lomo’, en personas agradecidas por todo lo que este desierto nos brindó.

¿Cómo fue su vida en Pedro de Valdivia?

-Mi infancia fue la de una niña feliz. Mi adolescencia envidiable, porque disfruté todo lo que cualquier joven de mi edad podía. Y si a todo eso le sumamos que quienes vivíamos en la pampa contábamos con privilegios que el resto del país no tenía. Todos quienes vivíamos en la pampa disfrutábamos a destajo, sin preocuparnos de la inseguridad, que hoy por hoy, es tema país. Cuando niños nuestras preocupaciones era el poder continuar jugando y disfrutar el día a día lo más posible. Los lazos de amistad se mantienen hasta hoy. La lealtad y la empatía son valores que los pampinos llevamos en la sangre. Con ellos crecimos, nos educamos y continuamos con ellos nuestra vida, transmitiéndolos e inculcándolos a nuestros hijos, nietos y cercanos.

¿Algún episodio anecdótico?

-Son muchos. Le comentaré situaciones repetitivas que nos sucedían a todos los jóvenes. En Pedro, los adolescentes nos juntábamos en grupos. Estaban, entre estos, los ‘Cara Sucia’ y los ‘Escocia’. Yo per-

tenecía a los ‘Escocia’. Recuerdo, y eso lo saben todos los pedrinos y pedrinas, como todo joven nos preparábamos para ir a juntarnos a la plaza con nuestro grupo de amigos. Todos bien bañaditos, bien vestidos con las mejores ‘pintas’ y muy bien peinaditos. Pero al momento de regresar a nuestras casas, todos llegábamos blancos como ‘berlines’. Esto porque salía el polvo de los molinos y nos caía encima nuestro en plena plaza de Pedro de Valdivia, por lo que tanta ducha o ropa bonita, iba a quedar sucia y blanca de todas maneras.

¿Qué rescata de la pampa y qué en la actualidad haría que la sociedad fuera mejor?

-La confianza en el prójimo. La absoluta confianza en los demás. El saber que quien estaba al lado tuyo, te conociera o no, en algún momento se la jugaría por ti. Como uno también lo haría sin dudarlo. Junto con ello, la seguridad, que va enlazado con lo anterior, porque si no existe confianza, la inseguridad abunda. La lealtad, es primordial para el éxito de una sociedad, no como lo que es impuesto hoy en día. El individualismo actual sólo llevará a que las personas sean incapaces de conocerse unas a otras y acrecentará la desconfianza.

Por último, y lo más importante, la empatía. El poder brindar a quien lo necesite el tiempo disposición para escuchar y entender lo que lo aqueja. El pampino se acercaba para que lo escucharan, no buscaba una solución a su problema, sólo necesitaba ser acogido, entendido y escuchado.

Pampinos

PRODUCE:

HISTORIAS DE NUESTRA PAMPA

TODOS LOS VIERNES EN

EL MERCURIO
DE ANTOFAGASTA

Y ENTREVISTA EN

“LA MAÑANA DIGITAL”



97.1 ANTOFAGASTA
89.5 CALAMA